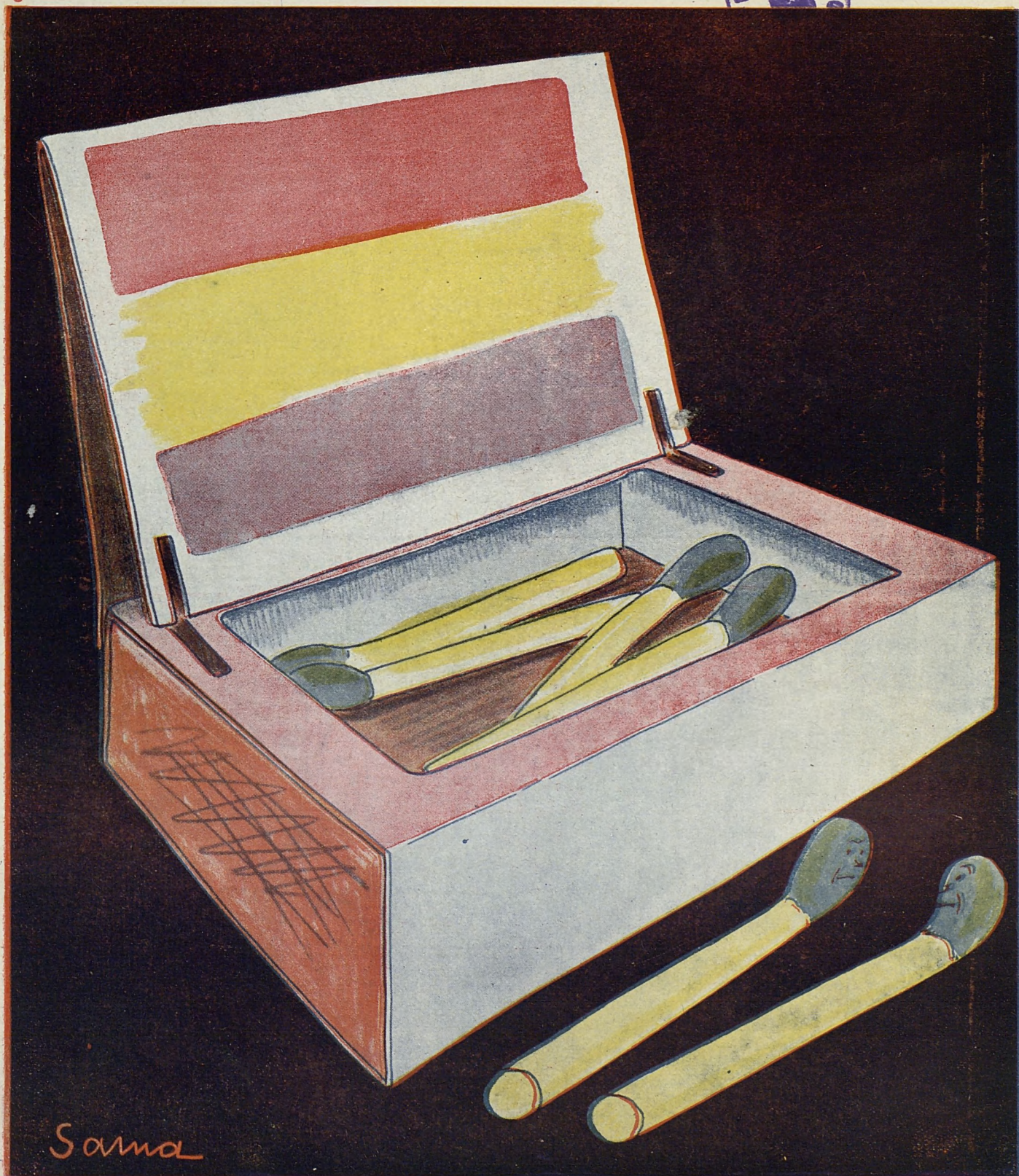


BUEN HUMOR

De.



40 CENTIMOS



Sama

Una cerilla (a la otra).—Sé buena, hija mía, sé buena; a ver si con el tiempo llegas a ser un buen encendedor mecánico.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA. Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (15 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (15 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

Los famosos polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

၁၃.



Como de costumbre en unos caballeros tan espléndidos como nosotros, el premio será de

A collection of 20 cartoon illustrations by H. H. Munroe, depicting various humorous scenes of people in various states of dress and behavior. The drawings are arranged in a grid-like fashion, with some figures interacting with objects or each other. The style is simple line art with a focus on exaggerated expressions and situations.

Nuestros concursos

El del mes de abril

Cuarta lista de solucionistas

José Román.—Madrid.
María Pastrana.—Madrid.
Modesto Calvo Sánchez.—Barcelona.

Carmen Barrios.—Madrid.
Antonio García.—San Sebastián.
Matilde Marín Navarro.—Murcia.
Jaime Garmendía.—Almería.
Sebastián Ocaña.—Sevilla.
José Alonso.—Tetuán.
Saturnino Alba.—Madrid.
Luis Vega.—Castellón.
Manolito Planas.—Valencia.
Andrés de las Casas.—Málaga.
Carmina Pastor.—Burgos.
Jesús Carbó Tudela.—Tarragona.
Aurelio Villafranca.—Mérida.
Pepito de la Peña.—Madrid.
María Torre.—La Coruña.
Ramón Rico.—Murcia.
«Charlot».—Madrid.
Primitivo Carnicer.—Granada.
Jesús Gómez Alonso.—Valencia.
Juan Gómez.—Reinosa.
Adolfo Calvo Aguirre.—Madrid.
Emilio Mariñas.—Barcelona.
Josefina Ibáñez.—Teruel.
Ricardo del Val.—Murcia.

A. Menéndez Rivero.—Zaragoza.
Félix Hurtado.—San Sebastián.
Gregorio Ferrer.—Gijón.
Antonio H.—Bilbao.
Gustavo Estévez.—Granada.
Ramoncito Calderón.—Madrid.
Miguel y Antoñita Andrés.—Melilla.
Ramiro Guerra.—Madrid.
José García y García.—Almería.
Augusto Torán.—Madrid.
Celestino Aguilar.—Madrid.
Salvador Hernández.—Mérida.
Mercedes Hernández.—Mérida.
Juan Jiménez.—Badalona.
Mercedes Rubio.—El Ferrol.
Fernando Reina.—Madrid.
Mario Valenciano.—Badajoz.
Mariano Castejón.—Murcia.
Aurelio del Cerro.—Zaragoza.
Luisita Iglesias.—Tetuán.
Eugenia Canales.—Huesca.
Adolfo Arredondo.—Madrid.
Amelia Sallent.—Barcelona.
Julita Jiménez.—Madrid.
José García Bonilla.—Soria.
Carmen Zulueta.—Málaga.
Raimundo Fernández.—Murcia.

Paco Azcarreta.—San Sebastián.
Rafael de Lucas.—Madrid.
Domingo Rojo.—Vitoria.
Mercedes Zambrano.—Palencia.
María Isabel Comas.—Barcelona.
Mariano María.—Valladolid.
Luis Sa'afraña.—Cádiz.
Ricardo Galán.—Tetuán.
XXX.—Melilla.
Margarita Pozas.—San Sebastián.
Joaquín Izquierdo.—Alicante.
Julio Valencia.—Gijón.
Ana Mary Paniagua.—Madrid.
Enriquito Pujol.—Madrid.
Anita Díaz.—Bilbao.
Sixto González.—Palma de Mallorca.
Santiago Vallet.—Sevilla.
Rafael Marín.—Madrid.
Ramón Arco.—Madrid.
Marcelino Marzo.—San Sebastián.
Un madrileño.—Madrid.
José Miralles.—Barcelona.
María Samper.—Bilbao.
Benito García.—León.
R. Ramírez del Sol.—Murcia.
Julio Alvarez Coello.—Málaga.
Antonio Gandía.—Madrid.

Nuestro concurso de CUENTOS HUMORISTICOS

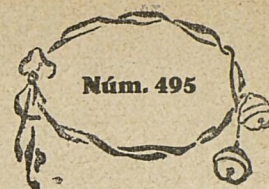
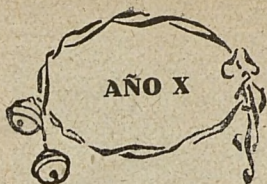
Segunda y última lista de concursantes

(Continuación)

- 42.—Reporteismo gráfico. — «Danza macabra».
43.—De cómo yo me hice mendicante.—«Ave Ernestor Imperator, morituri te salutant».
44.—Los nuevos chalanes. — «Nihil novum».
45.—El aprendiz de asesino.—«Juan y Manuela».
46.—Crisis alarmante.—«La tarántula es un bicho muy malo...»

- 47.—¡ Magnífica corrida de toros! — «Pamplinas».
48.—¡ El paracaidista...! — «El gato escaldado...»
49.—¡ Miedo! — «Pues señor».
50.—¿ Aquel pobrecito diablo... — «Juan y Manuela».
51.—¡ Hombre, don José! — «Kiki».
52.—La niña de la sombrilla.—«Veraniega».
53.—¡ A los toros, a los toros! — «El picaor».
54.—Una gran alegría.—«El gato Félix».

- 55.—La playa de moda.—«El niño pera».
56.—La lección de baile.—«Yo».
57.—El auto.—«Madrileño».
58.—El arte griego y la moda.—«Sombrerete».
59.—El doctor Pérez.—«Miau».
60.—Te espero en la calle.—«Rafa».
61.—¡ Poesía eres tú! — «Poeta».
62.—Crepúsculo.—«Día nuevo».
63.—El niño modelo.—«Rin».
64.—El ridículo de don Pío o don Pío ha hecho el ridículo.—«Kant».
65.—El fenómeno.—«Mar».



LA TRAGEDIA DE UN PROFESOR DEL IDIOMA VACUNO

Y fué torero.

Comprendía perfectamente que pudiendo hablar con los toros podía aprovecharse de la amistad conseguida en la conversación para no sufrir ningún posible daño y para poder dibujar, impunemente, cromáticas filigranas con el capote y la muleta.

Desde pequeño, cuando llamaba «Tata» al papá, a la mamá, a la criada, a los automóviles, a los perros, a los niños y a la catedral de Reims, con gran contento de sus padres, que decían:

—¡Ya habla el niño! A ver, rico, di locomotora.

—Tata—contestaba el niño, mordiendo el pie derecho.

—Dí monocotiledóneo, hijo mío—insistía el papá.

—Tata—respondía el crío, mordiendo el pie izquierdo, para variar.

—Dí específico, sol de la casa—rogaba la mamá.

—Específico—decía el niño, sin morderse nada.

—Esto ya no lo dice tan bien. No le preguntéis cosas tan difíciles—interrumpía el padre.

Desde pequeño, repito, vivió entre los toros. Su padre era mayoral de una importante ganadería salmantina, y quiso acostumbrarle al trato con el ganado. Pero no sospechaba el mayoral que su hijo llegase a tener una confianza ilimitada con las reses.

Y el tiempo continuaba su carrera de resistencia.

Y llegó el día en que Leandro—que así se llamaba el muchacho—tuvo que empezar una carrera. El padre quiso que fuera médico.

Pero Leandro no estudiaba. Leandro se iba al campo y allí se ponía a charlar con sus amigos los toros. Ellos le contaban sus penas, y él les explicaba las suyas y les llevaba regalitos, como sacos de grano, bolas

para los cuernos, divisas, fotografías de la fiesta nacional, etc. Y así se pasó el invierno. Llegó a mugir en el idioma vacuno tan correctamente como si fuera hijo de una vaca suiza y de un toro español. Y digo lo de la vaca suiza, porque se le notaba algo el acento extranjero.

Y llegaron los exámenes. Y Leandro fué a sufrir la prueba de fin de curso.

Tres señores serios y silenciosos, colocados detrás de una mesa, sobre una tarima, como «pim, pam, pum» de verbena universitaria, le recibieron con un

—¿Es usted don Leandro Fernández de Moradín?

—Sí, señor.

—Siéntese.

—Gracias.

—De nada.

—Con su permiso.

—Usted lo tiene.

—Gracias.

—De nada.

—Ya está.

—Está usted cómodo.

—Sí, señor. Gracias.

—De nada.

—Estoy a su disposición.

—Grac... ¡Bueno! ¿Cómo está usted?

—Muy bien, ¿y usted?

—¡Me refiero a su preparación en la asignatura, joven!

—¡Ah! Lo ignoro, porque no la he visto...

—¿Cómo?

—Digo no. Creo que podré contestar a las preguntas que el tribunal me dirija.

—Veamos. Huesos del oído interno.

Silencio juvenil.

—¿No los sabe?

Movimientos negativos de cabeza.

—Huesos de la cabeza.

Nuevas negaciones con ésta.

—Tampoco los sabe?

Silencio en Leandro.

—Veo que sabe usted poco.

—Poco.

—Muy poco.

—Poquísimo.

—Casi nada.

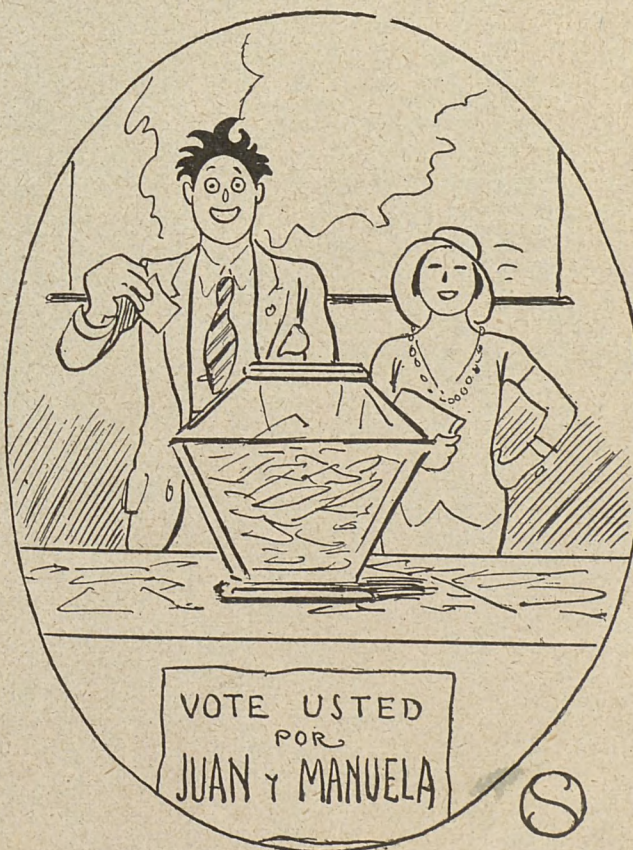
—Casi.

—¡Nada!

—Sí, señor.

—Bueno, hombre. Pues vaya a esa vitrina y corra la cortinilla que la tapa. Si nos dice usted lo que hay dentro, veremos a ver si podemos aprobarle.

Leandro fué a la vitrina y la abrió. Ante sus ojos apareció un esqueleto, de cuerpo entero, suspendido (casi como Leandro) de un clavo y castañeteando las carracas de sus articulaciones



Dib. SILENO.

con un balanceo de barcarola. La calavera sonreía irónica ante la escena.

Y Leandro dió un paso atrás, pálido y desencajado, y luego echó a correr, gritando:

—¡Virgen santa! ¡¡La muerte!!..

La familia renunció a que siguiera estudiando para médico.

Y un buen día... (Llovía a torrentes, pero no hay más remedio que decir «un buen día», aunque fuera espantoso, porque así lo emplean Benavente, El Caballero Audaz y Corinto y Oro.) Un buen día (me estoy poniendo pesadísimo) se fugó de casa con unos cuantos trapos para mudarse (1).

Y fué torero.

Y debutó, armando un alboroto. Para él el arte taurómico no tenía secretos. Poco a poco siguió subiendo los peldaños de la fama. Debutó en Madrid y se consagró. Tomó la alternativa y se convirtió en el mejor torero del mundo, sin disputas, ni enemigos, ni competencias.

Siempre triunfaba y jamás supo

(1) Esto se puede decir con música: «Una mañana, muy temprano, salió de casa con el hatico.» Pero no lo digan ustedes así, porque es una idiotez enorme.

su cuerpo lo que era el más leve puntazo ni el más superficial arañazo producidos por las afiladas astas de los cornúpetos.

Pero la gente ignoraba el secreto de tal maestría e inmunidad. Mis lectores y yo lo conocemos. (¡Pero es que mis lectores y yo...! ¡somos una minoría selecta!) Lo que sucedía es que..., ¡claro, hombre!, lo que sabíamos. Salía un toro de Salamanca y se iba hacia Leandro, previa preparación de los peones. Leandro le decía en su idioma:

—¡Eh, paisano!

—¡Caray! ¿Quién me llama?—decía, asombrada, la res.

—Soy yo.

—¿Usted? ¿Pero usted es un hombre?

—Sí, toro; pero hablo como tú y soy de Salamanca.

—¡Caramba, pues tanto gusto!...

Y así seguían hasta que Leandro le mataba. Salía un toro andaluz, y Leandro le decía:

—¡Eh, toro, ven acá y no seas pelmazo!

—¡Osú! ¿Quién habla?

—Yo.

—¡Mi «mare», la vaca pinta! (1)
¡Que me alegro, hombre!

—Y yo. Se agradece siempre el encontrar amigos.

—Y olé. Estaba yo sin saber qué «jaser» desde que he «salío».

—Pues ahora podemos charlar.

—Muy bien.

Y así siempre. Y con esos amigos de corta duración hacía verdaderas locuras. A todos les hacía una faena. (Entre los hombres también se hacen «faenas», a veces, a los amigos.)

Pero un día llegó la tragedia.

Toreaba Leandro. Esperaba la salida del primer astado, sonriente como siempre.

Y salió el animal.

Y Leandro le llamó.

—¡Eh, amigo!

Pero el toro no le hizo caso.

—¡Será sordo!—se dijo el diestro, y aumentando la voz gritó:— ¡¡Eh!! ¡¡Amigo!!...

El toro le miró con extrañeza, mugió y se arrancó. Leandro se quedó blanco como el papel. Pero ya era tarde. El toro le cogió de lleno por el vientre y le lanzó al espacio. Leandro quedó en la arena, malherido, con el lacre de su sangre sobre su carne y su vestido de luces, apagadas ya por la tragedia.

Por el graderío corrió un estremecimiento. Las mujeres se desmayaron. Los hombres se dejaron caer, abatidos. El diestro era llevado a la enfermería en brazos de las asistencias.

Una vez allí, en los estertores de la agonía, Leandro preguntó débilmente:

—¿De quién eran los toros?...

Y murió al acabar la pregunta, que quedó en el aire y que, por lo tanto, cayó al suelo, pegándose un porrazo imponente.

El mozo de estoques lloraba y decía:

—¡«Pobresillo»! (Esto lo dicen todos los mozos de estoques que se estimen en algo.) ¡Un toro de Palha tenía que ser!...

Y el cadáver del torero pareció comprender el porqué de la tragedia.

El toro era portugués.

(1) Exclamación muy en uso entre la aristocracia vacuna.

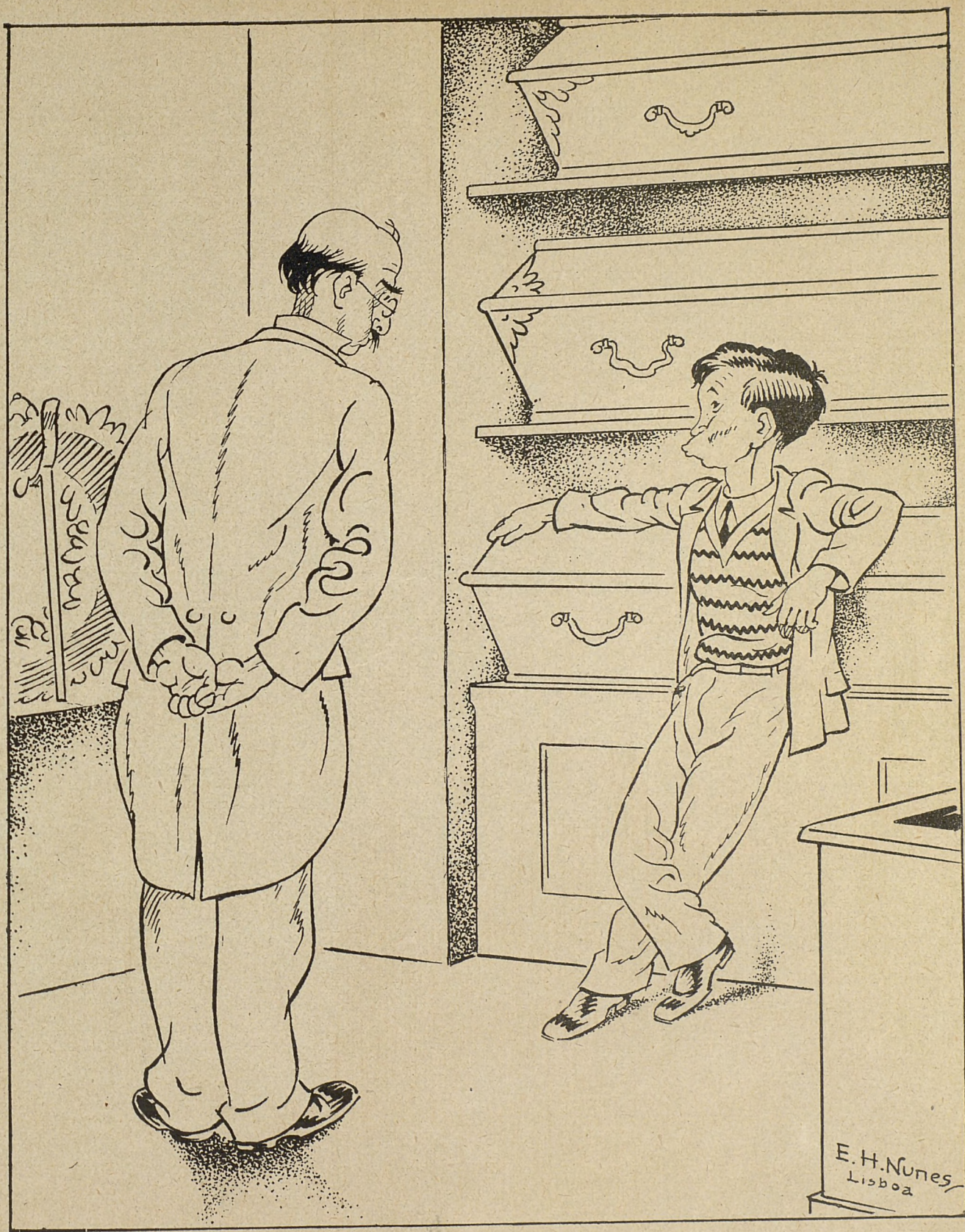


—¿Qué tal ese reuma?

—Pues, chico, muy mal; como ahora me han hecho jefe del movimiento...

Dib. CORREA. Madrid.

ALFREDO MATILLA.



—Hombre, me parece muy mal que un empleado de funeraria se pase el día cantando, y además con lo mal que va el negocio...

Dib. NUNES. Lisboa,

Información telegráfica de BUEN HUMOR

Noticias de provincias y del extranjero

HORRIPILANTE RACHA DE SUICIDIOS.—*Francfort, 28.*—Hace unos días que el sufrido vecindario de esta noble y leal población de Francfort (famosa por sus salchichas y por otras cosas que no recordamos en este momento), está verdaderamente consternado por la abundancia escamadora de suicidios que en sus ámbitos se verifican, a ciencia y paciencia de las autoridades y de los transeúntes influyentes.

Anteayer, un simpático y concien-

zudo panadero se ha metido un balazo en la cabeza con un ímpetu francamente estúpido. ¿Causas? Falta de dinero y disgustos con su mujer, o lo que es lo mismo, que donde no hay harina, todo es mohína; y si donde escasea la harina es en una panadería, es de suponer que la abundancia de mohína será la carabá. El caso es que a falta de otra masa, el referido panadero la tomó con su masa encefálica; y ante la imposibilidad de hacer pan con los

ingredientes corrientes, hizo ¡pan! con un revólver. Hay que reconocer que el tío tenía sentido común.

Pero el suicidio que ha puesto la carne de gallina a todos los habitantes de la ciudad, ha sido el que pasamos a relatar en este momento. Un individuo, de oficio inquilino, pensó ahogarse en el río; pero con el fin de que la corriente no arrastrase su cuerpo hacia otras poblaciones donde no le conocían y donde no le hubieran recibido bien, modificó su plan y sacó la consecuencia de que, si para ahogarse basta con tragar cien litros de agua, no había necesidad de lanzarse al río. ¡Con beberse los cien litros sin descansar, estaba todo arreglado!... Y así lo hizo: agarró una jarra descomunal y empezó a atizarse tragos, hasta que dejó al río tiritando... Desde luego, se ahogó, ¡no faltaba más!...

Como ustedes verán, hay razón para que Francfort esté todo lo alarmado que le permiten sus fuerzas.

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO.—*Copenhague, 28.*—Noticias fidedignas de la Academia de Ciencias (y fidedignas de que se las comente con gracia y con irrespetuosidad) nos hacen saber que un eminente doctor, llamado Krucker Malmøen, y llamado todos los días a las siete por su criada para que se levante, acaba de hacer un descubrimiento que no vacilamos en calificar de sensacional.

El susodicho doctor, cuyas manos besamos (si no las tiene sucias por haber reconocido a algún enfermo, de esos un poco cerdosos que hay); el susodicho doctor, repetimos, ha descubierto que el mejor purgante del mundo es la gasolina de automóvil.

Después de pacientes y encarnizados estudios, ha conseguido demostrar que el individuo que se purga con gasolina corre que se las pela.

Y tal es la velocidad desarrollada, que puede llegar a alcanzar hasta noventa por hora.

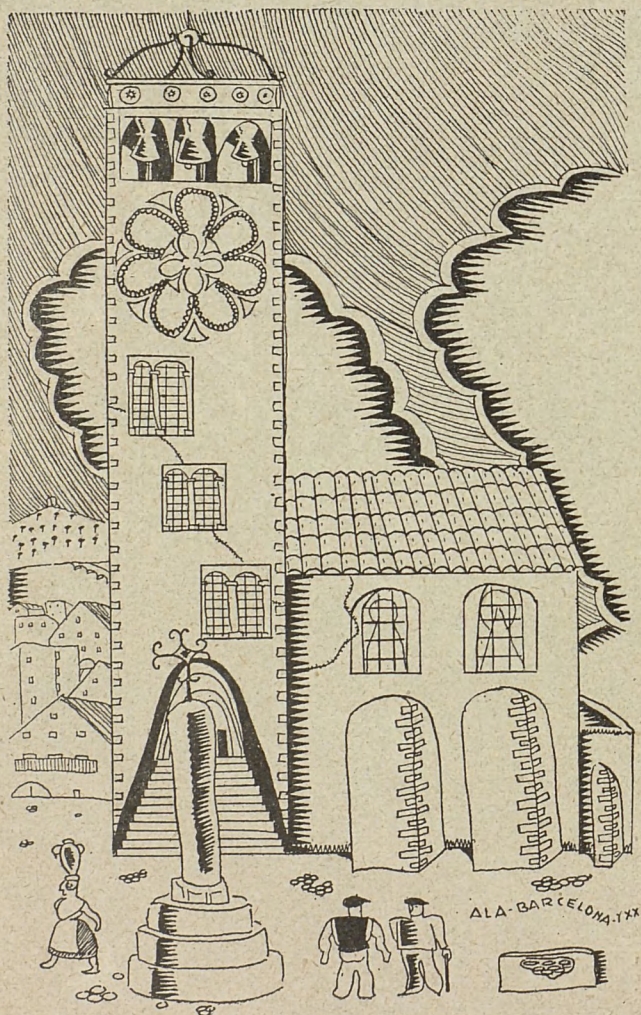
Dicho sea con el debido respeto, opinamos que para un purgante no es esa la velocidad soñada.

Noventa por hora es poco.

Porque, sin tanto bombo, conocemos nosotros infinidad de productos purgatorios, con los cuales se llega al ciento inmediatamente.

Y hasta se llega al ciento con diez.

Con diez céntimos de propina, como es costumbre muchas veces para



—¿Te acuerdas de aquel chaleco que perdí hace tres meses? Pues ya lo he encontrado.

—¿Dónde?

—Lo llevaba puesto debajo de la camisa.

Dib. ALA. Barcelona.

quedar bien con la gente que hay cerca del lugar del suceso.

CONFERENCIA INTERESANTE.—Méjico, 28.—En el Ateneo Científico.—Literario.—Cinematográfico.—Agrícola (y una porción de cosas más) de la lejana y húmeda ciudad de Tampico, ha dado recientemente una conferencia, sobre la influencia del dolor de muelas en la revolución rusa, el ilustre escritor y jurisconsulto, totalmente gallego, don Antero Picadoira de la Meiga.

Concurrió al acto la numerosa y lucidísima colonia gallega de Tampico, y Picadoira de la Meiga fué largamente aplaudido; pero, al abandonar el público el salón, se observó el detalle curioso (mejor dicho, poco curioso) de que el local olía bastante mal. Y varios profesores químicos de la ultramarina y virtuosa población, han sacado esta peregrina y original consecuencia.

Que en Tampico, la colonia gallega es la colonia menos indicada para perfumar las habitaciones.

No pueden ustedes figurarse lo que lo estamos deplorando desde que lo hemos sabido.

HAZAÑA DE DOS DEMENTES.—Badajoz, 28.—En un acreditado manicomio de las afueras de esta capital, y burlando la vigilancia de dos celadores, concertaron ayer un duelo dos dementes, los cuales habían tenido una escandalosa discusión por rivalidades del oficio.

Otros cuatro taratas les sirvieron de testigos, y en unión de dos floretes, hurtados de una panoplia del despacho del director, fueron los seis mechales a un ámbito oscuro del jardín y, una vez allí, los rivales se acometieron con denuedo y con las armas referidas.

Al primer asalto, uno de los chillados le hizo una ligera avería en la oreja al otro combatiente, y, con voz tonante y unas míasas triunfal, le dijo:

—¡Caballero! ¡Está usted *tocado*! Y entonces el herido contestó con satánico orgullo.

—¿Cómo *tocado*? ¡¡Estoy más loco que una cabra, señor mío!!

Y no ha habido manera de ponerlos de acuerdo.

SIGUE LA HUELGA DE CARGADORES EN INGLATERRA.—Londres, 28.—La huelga de los cargadores de carbón se ha hecho general. Ayer fué agredido un jefe del ejército que no era más que coronel. En represalias, fueron presos dos vendedores de botones de pantalón y

tres amas de cría (de falda), que juraron que no se habían mezclado en los disturbios. Los vendedores de botones, que, por cierto, no se avergonzaron de demostrar su cobardía, trataron de huir; pero las amas de cría dieron el pecho valientemente.

Esta mañana no había un solo átomo de carbón en el puerto; pero había un cisco de primera, pues a la

hora en que telegrafía se están repartiendo una de moquetes, estacazos y soplamocos, que es un espectáculo precioso.

Los trenes llegan atestados de turistas para disfrutar del lío.

Por la inserción de los telegramas,

ERNESTO POLO



—Este sombrero me lo regaló papá cuando cumplí veinte años.

—¡Ah, es de la moda de entonces!

Dib. Bosch. Barcelona.

NO HABLE USTED TAN MAL DEL CINE SONORO, CABALLERO

Los americanos del Norte tendrán todo el maxilar que se quiera, pero para juzgarlos no hay que mirar demasiado a los cambios y a Douglas Fairbanks.

A mí que me den tíos que se levanten antes de las cuatro de la tarde y que sepan afeitarse haciendo mucha espuma. De esto a la comprensión hay una yarda.

Parecía imposible que los hombres de los rascacielos y de las catástrofes en serie pudieran quitarse de encima ese gran baldón del cine sonoro. Pues no. Y tan no, que a estas horas están, como quien dice, bajando la maleta de la rejilla para apearse en la estación de término de la rehabilitación más completa y halagadora.

Pasa—lo sabíamos pocos—que, como no hubo más remedio que inventar el cine sonoro de prisa y corriendo, para que Chaplin rabiara en los ratos que le dejaban libres sus divorcios, pues la cosa salió con esas costillas y esas porquerías que suelen traerse al mundo los niños humanos fabricados con apremios de oficina y poca solvencia obrera.

¡Mucho ruido, mucho trabajar la nariz en el diálogo, pero la voz humana sin aparecer!

Ya se vió esto. Y buena prueba de que el propósito no era hacer la pas-

cua a todo bicho viviente, sino gastar celuloide, es que a la hora presente casi todos los americanos del Norte están metidos en su casa, estudiando, pensado y sin ponerse la americana ni a las horas de comer, a pesar de que esto es motivo serio de divorcio en cuarenta y cinco estados distintos. ¿No es cierto, señor Camba?

—¿Qué dicen por ahí, Jhon?

—Que chirría demasiado, que las canciones parece como si salieran de las entrañas de un tractor.

—¡Pues a quitar ruido, a quitar ruido!

—Y que la voz humana es una cosa entre pelicano y capitán mercante al megáfono.

—¡¡Pues a quitar voz, a quitar voz!!

Se trabaja mucho y bien. Y la cosa, hasta el momento, hace concebir muy fundadas esperanzas.

Según leemos en la mar de periódicos, escritos en un idioma que debe ser inglés porque cuestan muy caros y porque no se entiende ni una palabra, el cuerpo de ingenieros acústicos, encargados de arreglar este asunto, ha requisado ya una cantidad muy crecida de ruidos, que no tenían demasiada aplicación.

Entre los detenidos figuran aquel como arrastrar sacos llenos de nueces, que era el tapiz tendido a lo largo de toda la película; el chirrido del cetrojo, el laborioso afán de la carcoma, el monólogo de la sierra...

La voz humana va quitándose poco a poco los pólipos, los cornetes excesivos, el tabaco, los wiskys...

Y lo que más esperanzados tiene a los señores de cierta edad, y a las carabinas en activo, es la intervención que en todo esto se ha tomado, sin que nadie lo llame, el sabio doctor Markingthon, de Filadelfia.

A pesar de sus muchos años y de que el pobre tiene una señora que le lleva planteados en lo que va de año noventa y cuatro divorcios, el eminente hombre de ciencia no duerme ni descansa en la quinta que ha tenido que adquirir, porque de la suya quedaría todo lo mas Wassingthon, pero, por lo visto, este señor prefirió morirse y no meterse en nada.

Los estudios realizados por el admirable técnico y ovacionado marido han sido penosísimos y costosísimos. El, que poseía una fortunita muy majaja y una barba blanca que le llegaba a la cabeza del fémur, pues ha tenido que gastarse una y otra, la primera en los divorcios con su mujer y un poco de material científico, y la segunda, porque con ese lío de tornos, máquinas apisonadoras, trilladoras y de vapor en que está metido, raro era el día que no tenía que avisar a los bomberos para que le sacaran la barba de entre las ruedas de un aparato y poder cenar tranquilo.

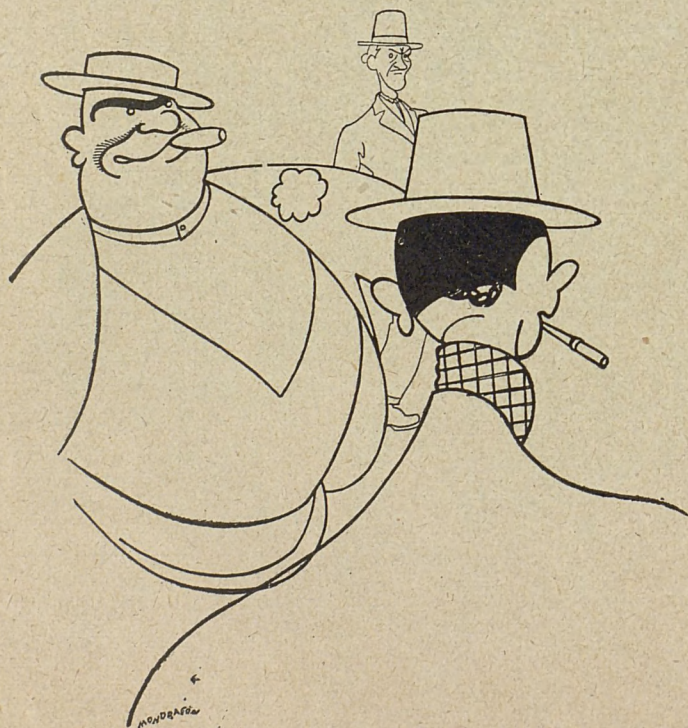
Felizmente, alguien de la familia le ha regalado una guilete, y esto ha permitido que el venerable maestro presentara un aspecto más humano y una comunicación a la Academia de ciencias mecánicas y democráticas de Filadelfia, que no se la han dejado leer porque es larguísima, pero que viene a decir una cosa así:

«Es un hecho. El Cinema será muy pronto algo agradable. Sólo falta que los chilenos dejen de llamarlo animatógrafo para que se convierta en una cosa tolerada. La ciencia posee un filtro donde se quedarán absolutamente todos los ruidos molestos. Y tiene, también, otro filtro que no dejará pasar ni un hilito de voz humana. Muy pronto oiremos películas, sin ruidos, sin voz, sin música.

El «film» mudo no tardará en asombrar al mundo.

Ya era hora.

Señor Hoover, ¿por qué no aprovechamos la gloria del momento para aboir la «dey seca»?...



—Chico, cómo te mira aquél. ¿Es un deudo?

—No, es una «deuda».

Dib. MONDRAGÓN. Barcelona.

R. PIETAIN,

Fieras y fierrecillas

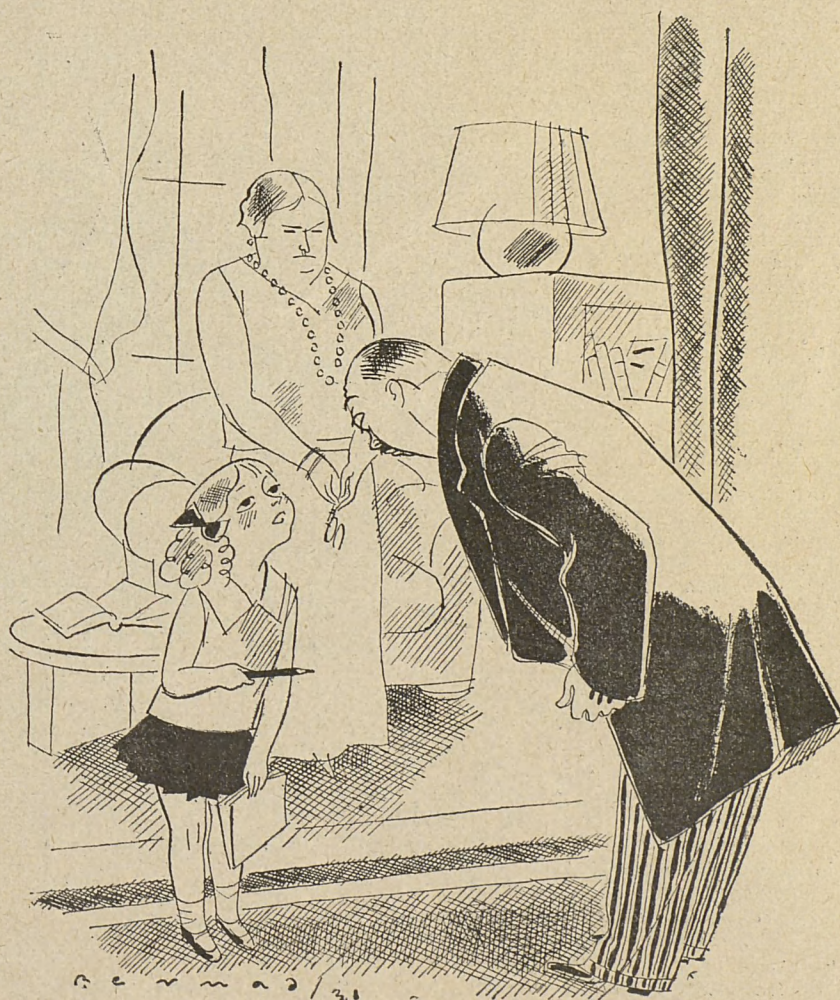
Llevamos mucho tiempo
sin que haya ni un rumor
de próxima reforma
ni plan de ampliación
en la famosa «Casa
de Fieras», que, en rigor,
ya no se encuentra a tono
con esta población,
y convertirla en Parque
zoológico mejor
que el de Berlín quería,
con muy buena intención,
un culto Municipio
que ha tiempo nos rigió.
Y por si se repite
proyecto tal, yo voy
a dar ciertos consejos
al organizador
de la de animalitos
copicsa colección,
contando con algunos
de los de alrededor.

Muy bien que para el Parque
pretenda con la voz
cazar osos, que estorban
por esas *rues* de Dios,
y que al Observatorio,
cuando se oculte el sol,
intente, si le place,
pedir la *Osa mayor*;
Muy bien que en ciertas casas
elija *focas* con
objeto de que enfoquen
(cual *Káulak* hace) a los
que vayan a mirarlás
con algo de ilusión;
muy bien que lleve *zorros*
y *zorras*, que hoy por hoy
se encuentran siempre a mano
del coleccionador;
muy bien que en ciertos puestos
recoja el hombre *ad hoc*
gallinas, cuyos actos
demuestran que lo son;
muy bien que de *avestruces*
reclute un bando atroz
en mítines, casinos
y centros de instrucción;

y que se lleve *micos*
hacia la jaula, por-
que micos se los lleva
cualquiera, ¡no que no!
Mas no se precipite
cargando con los dos
leones del Congreso,

pues le prevengo yo
que allí donde se encuentran,
si no lo evita Dios,
podrán ser necesarios
en próxima ocasión.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—Anda, niña, vete a hacer tus problemas.

—No puedo, papá.

—¡Se puede todo lo que se quiere!

—Bueno. Entonces, no quiero.

Dib. BERNAD. París.

¡MEDICO, NO!

CUENTO ANECDÓTICO

Bien notaba el prior que aquellos maitines estaban saliendo un poquito defectuosos, y carraspeaba enfadadillo por la absoluta falta de devoción de la Comunidad; pero como nada podían sus toses insinuantes e insistentes, se resignó, manso y cristiano, prometiéndose, para cuando terminara el coro, castigar severamente, si preciso fuera, tamaño desaguasado místico. Y apenas rodó por el ámbito del templo el último *amén* de los hermanos coristas, impidiendo con una seña que los frailes desfilaran, se levantó solemne y con voz trémula dijo así:

—No piensen los hermanos ni los padres en ir hoy al refectorio. Por santa obediencia pido a todos un riguroso ayuno, en memoria del santo del día y como penitencia oportuna a lo mal que se han cantado estos maitines.

—Leve es la penitencia que nos ha impuesto su reverencia, padre prior, para la magnitud de la falta cometida—dijo, humildemente, el padre Justo—; pero como la paz, en esta santa casa, jamás se vió alterada por suceso alguno inesperado, la ausencia del hermano Juan nos ha llenado a todos de inquietud. El hermano Juan no ha asistido al coro; algo grave le ocurre al hermano Juan, y aprovechábamos las pausas del rezo para cuchichear, preguntándonos unos a otros por el hermano Juan. Esta, pues, es la causa y no otra, por donde, como rendija abierta en nuestra devoción fervorosa, se ha introducido, astuto, Satanás, haciéndonos delinquir; porque, como dijo Santo Domingo...

—Nadie ha preguntado nada a Santo Domingo—replicó el prior, cortando por lo sano, en evitación de que el padre Justo tomara alientos oratorios y resultara tan *pelmazo* como siempre—. Acompañenme todos a la celda del hermano Juan, y veamos qué le ocurre.

Y lo que le pasaba al hermano Juan era que, presa de un cólico miserere, se revolcaba en el flaco jergón de su camastro, dando estentóreos gritos.

—¡Huy!... ¡El demonio se le ha metido en el cuerpo!—dijo un frailecico tímido, de aflautada voz y ademanes blandos—. ¡Hay que exorcizarle!

—Calle nuestra paternidad—replicó el prior—y no sea idiota. Hace siglos que el demonio dejó de introducirse en los cuerpos humanos.

—¡Ay!... A lo mejor ha vuelto a las andadas. ¡Es tan malo!...

—No nos ponga en ridículo, padre; buena es el agua bendita y puede ir por el aceite, si gusta, y darle unos hisopazos, si le place; pero llamemos al médico por lo pronto.

—¡Médico, no!!—gritó el hermano Juan, como un desesperado.

—Por amor de Dios, no desespere, hermano; más puede un récipe que cien oraciones—decíale el prior.

—¡Médico, no!!

—¡Vamos, vamos!... Vendrá el



—¡Qué bonito paisaje para pintarlo al fresco!

—Pues aquí, en pleno verano, ¿pue usted pintar sin que le moleste el calor.

Dib. CASERO. Madrid.

doctor, le curará en un santiamén...

—¡Médico, no!!

Y diciendo: ¡médico, no! ¡Médico, no!, se tomó un paroxismo del que no volvió hasta que, llegado el médico, le aplicó unas cuantas inyecciones, comprendiendo que un vulgar cólico no era dolencia adecuada para que figurase como causa de muerte en un futuro proceso de beatificación.

También el padre aflautado, a hurtadillas de la Comunidad, entró repetidas veces en la celda del hermano Juan, propinándole unas cuantas raciones de agua bendita.

Y gracias a esto o a lo otro, o ni a lo otro ni a esto, a la mañana siguiente, y sano como una pera sana, acudió el hermano Juan al coro y se restableció la paz en el convento.

—Vamos a ver, hermano Juan—preguntóle el prior—; dígame, si quiere, ¿por qué se negaba a que viniera el médico, tratándose, además, como se trata, del sabio doctor Galiano, que es el que siempre nos visita?

—¡Bueno está el doctor Galiano! ¡Un republicano! ¡Un hereje! Si yo le contara...

—Cuenta, cuenta...

—Pues va en secreto. Ya sabe vuestra paternidad, que cuando el bueno de don Agapito, el señor duque, nuestro bondadoso protector, cayó gravemente enfermo, íbamos a velarle un hermano cada noche.

La noche que a mí me tocó, hubo consulta de médicos. Estaban allí el de cabecera y dos más y se esperaba al doctor Galiano, que llegó cuando ya don Agapito había pasado a mejor vida.

—Bueno: pero ¿qué ha sido esto? —entró diciendo—. ¿De qué ha fallecido este hombre?

—No me lo explico—dijo el de cabecera—. Yo he agotado todos los recursos de la ciencia.

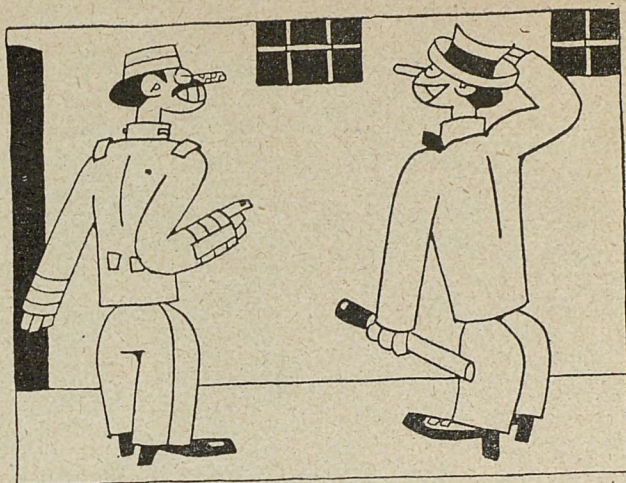
—¿Y todo esto se ha tomado?—replicó el doctor Galiano, fijándose en veinte o treinta tarros de veinte o treinta medicinas que había sobre la mesilla de noche.

—¡Todo!

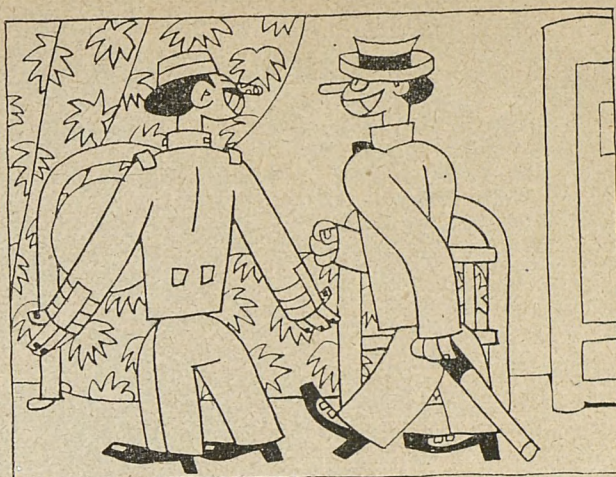
—Pero, hombre, ¡por Dios!... ¡Pues de esto ha muerto! ¿A quién se le ocurre experimentar los efectos de tantos venenosos potingues con un hombre cargado de familia, exponiéndolo a dejar sin amparo a tanta gente? ¡Estos ensayos se hacen con un fraile!

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ.

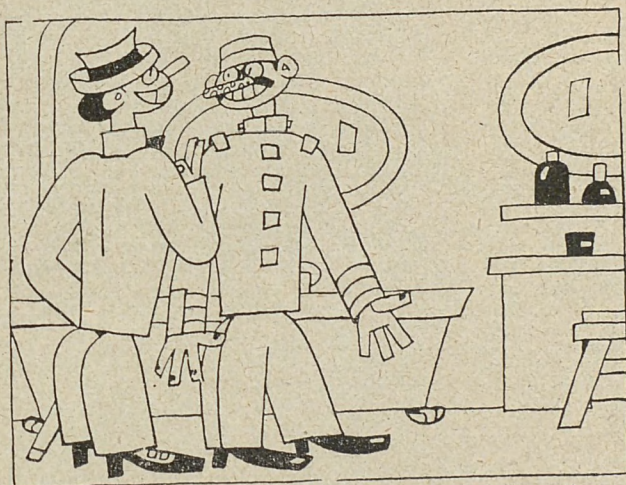
REGIMEN PENITENCIARIO.-Historieta de Garrido



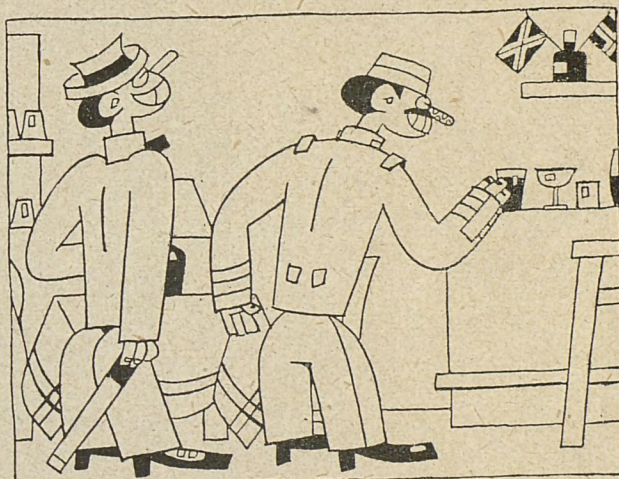
El carcelero.—Pase usted, don Vito, y le enseñaré las dependencias de la nueva Prisión para Jóvenes Asesinos.



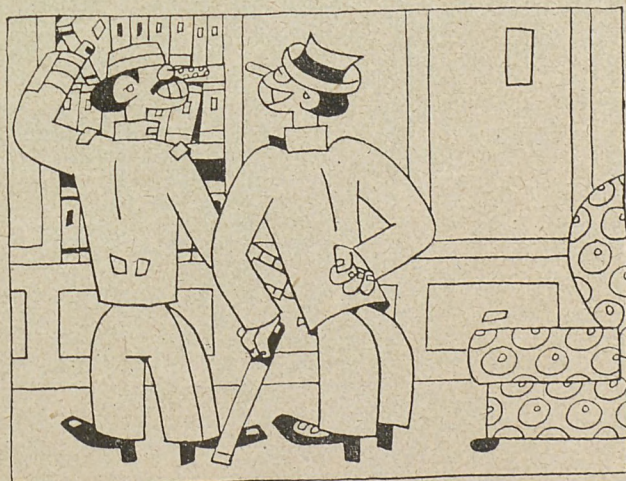
Cada preso tiene una magnífica y confortable celda exterior, con vistas al poético jardín de la casa.



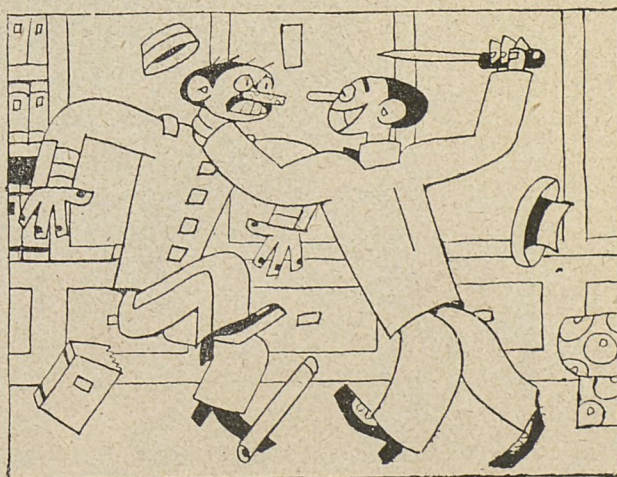
Estas celdas comunican con su correspondiente cuarto de baño y «toilette», donde el «joven» recibe los cuidados de la manicura.



Este es el comedor, estupendamente servido a la carta, y éste el bien provisto «bar americano» gratuito.



Aquí está el salón de fumar y la biblioteca que...



¡Horror!... Pero, ¿qué hace usted?
El visitante.—¡Que he decidido quedarme!

BOLAS DE LOTERIAS

UNA INTERVIU CON EL BOMBO

Escasamente faltan dos horas para que comience el sorteo, no el de Navidad, ni el de la Ciudad Universitaria; un sorteo cualquiera, ya que todos tienen igual importancia para los numeritos que esperan encerrados la mano blanca de un niño para salir al tapiz. Penetro en la sala sigilosamente, aprovechando un desquido de la puerta, y me sitúo frente al bombo, ocupado en este momento de hacerse una *toilette* de día de fiesta.

—Unas preguntas breves.

—Imposible; no puedo decir nada.

—Mire, yo quiero...

—Sí, lo de todos—me responde—. Saber cuál va a ser el premio mayor hoy.

—De ninguna manera.

—¿Quiere usted, entonces, que le diga en qué población va a caer?

—Tampoco. Soy mucho más modesto.

—Estoy harto de recibir gente con pretensiones análogas a esas. Y, necesariamente, tengo que guardar esos secretos.

—Mi propósito es conocer el procedimiento que usted emplea para seleccionar las bolas a quienes ha de corresponder premio en cada sorteo.

—Complicadísimo. El régimen interior de mi vientre no podré explicárselo en pocas palabras.

Me desilusiona un poco la actitud adversa del bombo, pero no desisto de mi propósito.

—Además, es secreto profesional.—agrega.

—Le prometo a usted no contar—se lo a nadie.

—Únicamente si eso fuera cierto, podría arrancarme alguna palabra.

—Le aseguro a usted que guardaré silencio.

El bombo hace un gesto de complacencia, y me ofrece un cigarrillo. Me siento junto a sus alambres escurridizos y preparo mis cuartillas.

—Una cuestión previa. Si no va usted a decir nada, ¿por qué saca papel y pluma?

—Un capricho. Antes de salir de aquí le dejaré estos renglones en forma de pajaritas.

—Bien. Pregunte usted.

—¿Usted sabe ya cuál va a ser el premio mayor de este sorteo?

—Naturalmente; como el de todos. Cinco días antes de su celebración, cada bola tiene marcado el orden de su salida y las pesetas que han de corresponderle del bombito de allí enfrente, el de los premios.

—¿Pariente de usted tal vez?

—Sí; hijo.

—Bueno, querido bombo; yo quiero averiguar por qué sale premiado el 5.522, por ejemplo, y no el 13.430.

—Verá usted. Aquí dentro—y señala con un dedo minúsculo su voluminoso abdomen—hay treinta y cinco mil números perfectamente disciplinados. El número uno es jefe de todos, el capitán general de la bolería.

Y él es quien ordena los vasallos que han de salir por esta compuerta a cada oscilación de mi persona.

—¿Entonces, usted a estas horas conoce el premio gordo?

—Naturalmente.

—¿Y el reintegro?

—Claro que sí.

—Pues bien: ese premio mayor, ¿cómo lo eligen?

—Eso se hace por concurso. El general lleva una estadística minuciosa de méritos. Para salir premiado con el máximo galardón es preciso haber obtenido otros premios de menor importancia en varios sorteos.

—¿Es curioso! ¿Y todos los números han ganado premio alguna vez?

—¡Quíá, ni mucho menos! En cada millar hay cien números que nunca saldrán de mi vientre. Son los ordenanzas. ¡Figúrese lo que me río yo con esos jugadores consecuentes que pasan toda su vida abonados a uno de estos números!

—¿Si superan el secreto!...

—Luego hay una gran cantidad de personas que esperan la repetición de un número.

—¿También equivocados?

—Claro. Mire usted, un primer premio, según la ley por que se rigen las bolas, no puede repetirse hasta pasados cincuenta y seis años.

—Es terrible todo eso.

—Luego, los premios pequeños que salen por primera vez se reparten teniendo en cuenta muchas cosas que el público desconoce. Por ejemplo: del 22.300 para arriba, los números pares se reparten entre niñas rubias.

—Según veo, no influye la suerte para nada.

—En absoluto. Sería una inmoralidad. Si no nos gusta el poseedor del billete que ha de ser el premio gordo, le sustituimos por el número siguiente en orden de méritos.

—Amable bombo, me ha hecho usted perder toda esperanza.

—Por eso no quiero que publique estas confesiones; perdería el Tesoro un magnífico ingreso.

—Última pregunta: ¿Si usted fuera hombre en lugar de ser bombo, jugaría a la lotería?

—¿De ninguna manera!—me responde furioso—. Jugaría a las damas, al dominó, pongo por juegos de emoción. Y si algún día me relevaran de este puesto, me jugaría al «guá» todas las bolas que llevo dentro.

—Gracias.

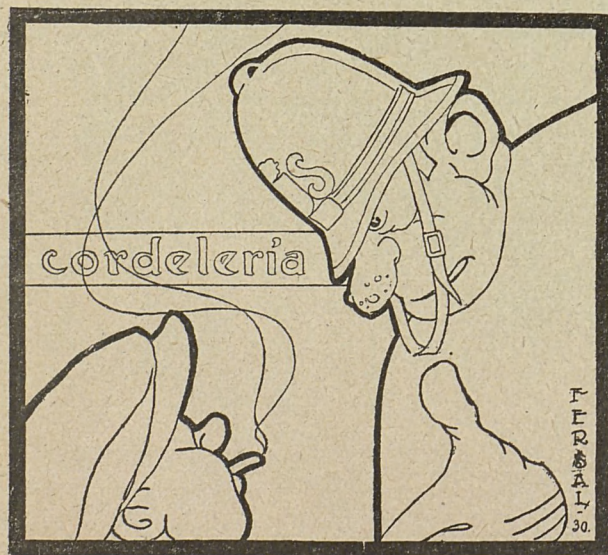
—¿Guardará silencio?

—Guardaré.

—¿Solemnemente?

—Como si lo hubiera jurado en Santa Gadea.

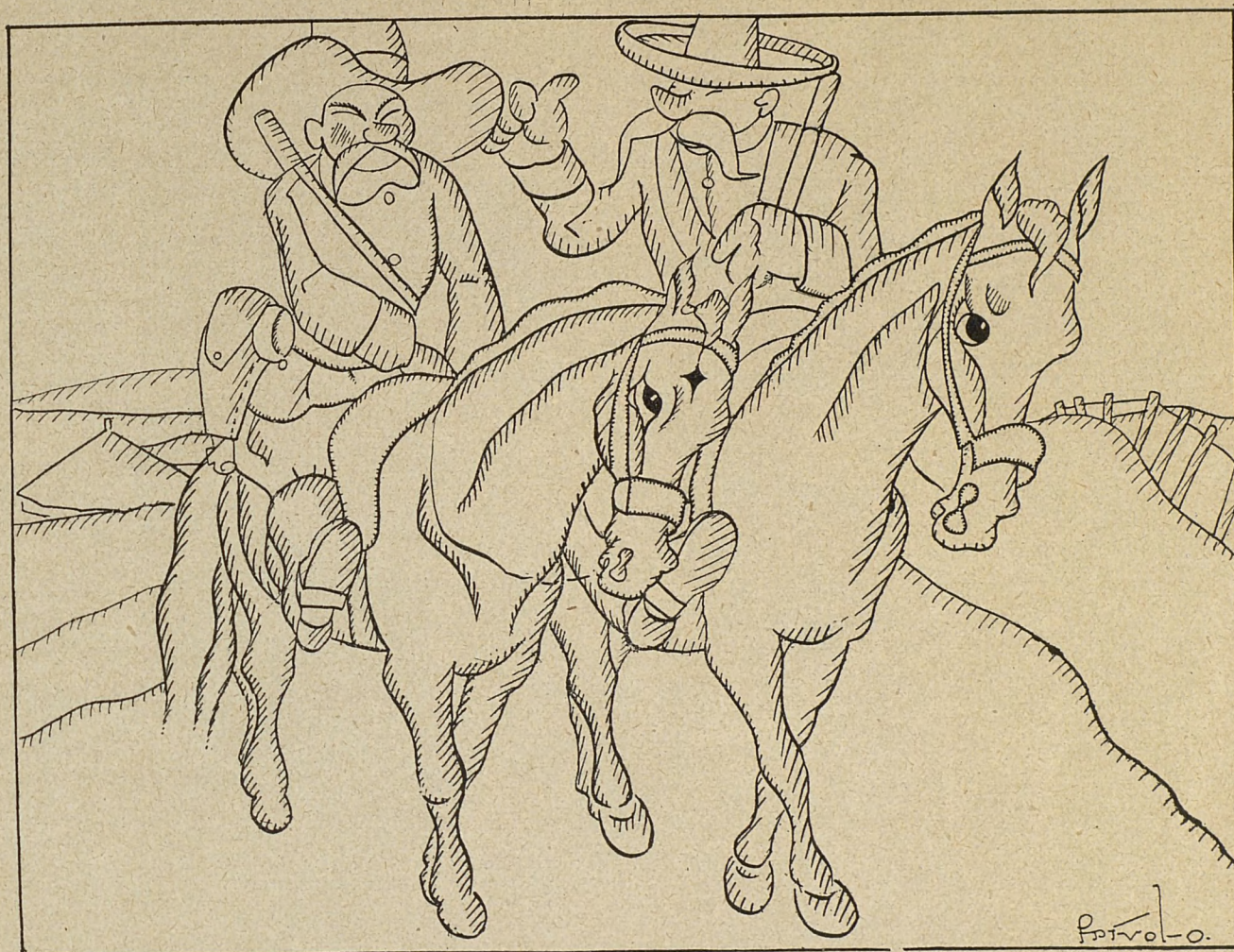
JULIO ANGULO



—¿Se puede saber qué haces aquí parado?

—Pues esperando que abran pa que me den cuerda.

Dib. FERSAL. Madrid.



—¿Y cómo fusilásteis a 100 si no eran más que 94 los culpables?
 —¡Psh! Para que fuera número redondo...

Dib FRIVOL. Asturias.

Sácame, lector, de este lío

Me ha sucedido una cosa y voy a contársela a ustedes. No hace mucho, en funciones de mi oficio, tuve que presentarme en una imprenta para hacer el encargo de un impreso. Nueva para mí aquella imprenta, hubieron de conducirme ante el jefe de pedidos. Hombre despejado, atento, con excepcional afición por todas las cuestiones de su oficio.

Aquello me causó grata sorpresa, pero sorpresa, y enorme. Las gen-

tes que me encuentro por el mundo suelen hablarme de todo, menos de su oficio o negocio. El aviador nos habla de que está pergeñando una novela; el médico nos enseña unos dibujos, que piensa enviar pronto al Salón de pintura de los médicos; el ingeniero es un as del ajedrez, y el músico un billarista formidable. Encontrar un impresor que ame su oficio y siga con afán y con estímulo cuanto por el mundo ocurre en ti-

pografía y en grabado, en papeles y tintas y demás, constituye un verdadero mirlo blanco.

Hablando con el mirlo supe que era, además, colega nuestro:

—Yo he sido periodista y sigo siéndolo; estuve en varios periódicos, como redactor, varios años; y ahora, por razones de mi oficio y por la publicidad y otros motivos, continuo en relación con los periódicos...

Lector, sin duda, de ellos, vi que

la mecanógrafa le dejaba, agrupados, en la mesa, un montón de ellos.

Pues bien; este señor me dirigió, de pronto, esta pregunta:

—Usted, señor Abril, ¿es escritor?

Una oleada de esperanza y de optimismo, oleada de luz y no de agua, me invadió, sonriente y bondadosa. Yo creí que, después de veinte años de estar escribe que escribe, se habría ya enterado todo el mundo de que no aprendo a escribir ni a tres tirones. Yo tenía la terrible convicción de que había conseguido en esos años desacreditarme por completo. A cada artículo que escribes, infeliz, dice la gente: «Ya tenemos al imbécil de Abril haciendo, como de costumbre, el tonto... Cuidado que lleva tiempo de escribir, y no da una». Como la prensa española—como toda la prensa, por supuesto—es de una generosidad que no tiene igual en el mundo, no sólo tienen la amabilidad heroica de publicar mis artículos, sino que llevan al co'mo la abnegación y ¡me los pagan!...

Yo, que necesito el dinero de esos pagos para vitaminizarme y que, como buen escritor, no sirvo para ganarlo de otro modo, ¡para qué quiero más!, escribo artículos... No puedo, por lo tanto, disimular ante nadie y hacerles creer que valgo, y, ¡claro!, a cada artículo voy yo mismo «labrando más y más mi descrédito y mi infortunio; voy yo mismo ofreciendo a los lectores testimonios fehacientes, rotundos, de que soy un mamelúco.» «Si al menos—pensaba yo—pudiera publicar lo que publico en donde nadie lo viera... Con un poco de cuidado, sonriendo cuando me habien y procurando hablar poco, llegarían quizás a suponer que discurro y hasta que valgo...» «¡Qué persona tan discreta este Abril!—dirían todos...—». «Pero si uno y otro día, desgraciado, estás publicando cosas, ¿cómo quieres que la gente no se entere de que tienes serrín en la cabeza?...»

Este invierno había sido para mí particularmente nefasto: había escrito en «Blanco y Negro» todas las se-

manas; había escrito en BUEN HUMOR todas las semanas; también había escrito en «A B C», procurando desacreditarme algunas veces; en provincias, por medio de una Agencia, se multiplicó un mismo artículo, y en revistas más o menos de importancia había puesto mi firma al pie de unos artículos de muy diversas materias, pero todos a cual peor. Había también publicado unos cuentos para niños; se había representado, más o menos en secreto, una comedia también mía—y de ustedes—, y había publicado una novela. Hasta en semanarios de chicos, como «El perro, el ratón y el gato», había yo ladrado, roído y mayado. No había, pues—creía yo—, escape: lo mismo la señora, al leer el «Blanco y Negro», que el niño, al leer «El perro, etc», que el señor, al leer lo que fuere, tendría que estar enterado, sin escape y sin remisión, de que Abril era escritor y era imbécil.

Pero ¡oh cielos compasivos!... Ahora resultaba que no; ahora resultaba que en Madrid, un hombre metido en periódicos, ignoraba mi existencia, a tal extremo que llegaba a preguntarme si yo era escritor.

¡Me había salvado, pues, por un milagro divino!... ¡Si aquél, que vivía entre periódicos, no se había enterado todavía que yo era escritor, menos se habrían enterado los demás! «¡Traspasao y no visto!»—grité para mis adentros, con el mismo

alborozo de antaño cuando yo jugaba al «Te veo».

Sin embargo, al poco tiempo llevo a una relojería mi reloj...

A ver este reloj—digo yo al relojero—, que debe de habérsele caído alguna hora, porque no consigo con él hacer nada a su tiempo...

El relojero dice lo de siempre—que hay que limpiarlo y no sé qué: siete pesetas—, y al tomar mi nombre y mis señas, me pregunta:

—¿Es usted Abril, el escritor?

¡Tú me dirás, lector!... ¡A ver qué va a ser esto!... ¿Qué deduzco yo?... ¿Me conocen o no me conocen?... ¿Están o no en el secreto?

El relojero, que no tiene obligación de saber quién escribe en los periódicos, sabe que este nombre de Abril no sólo aparece anualmente en todos los calendarios, sino que aparece, además, como reo de ciertos artículos. En cambio, el que está entre periódicos me pregunta si escribo... ¿Qué deduzco? Será que el profesional, por cortesía, quiso hacer como que no estaba enterado? ¿Algo así como preguntarle al «Vivillo»: «¿Usted fué caballista en Andalucía o cosa por el estilo, no es verdad?»... ¿Sería eso? ¿O será que el periodista, por serlo, sabe a qué atenerse y ha decidido, por si acaso, no leer de los periódicos ni la firma de los artículos? A lo mejor!... No dejaría de ser, después de todo, una medida prudente; para estar al corriente de las famas, nada como no leer y atenerse a lo que dicen por las calles, sea el vendedor que vocea nombres, sea el que discute y habla de literatura y arte. Leyendo se expone uno a tener opinión propia y discrepar de los otros, mientras que así no hay peligro.

¿Será eso?... ¿Qué será?... Sácanos, lector, de este lío.

MANUEL ABRIL.

OROCREMA
JABON DE ALMENDRAS

USELO
ES EL MEJOR TRATADO
DE BELLEZA DE LA PIEL

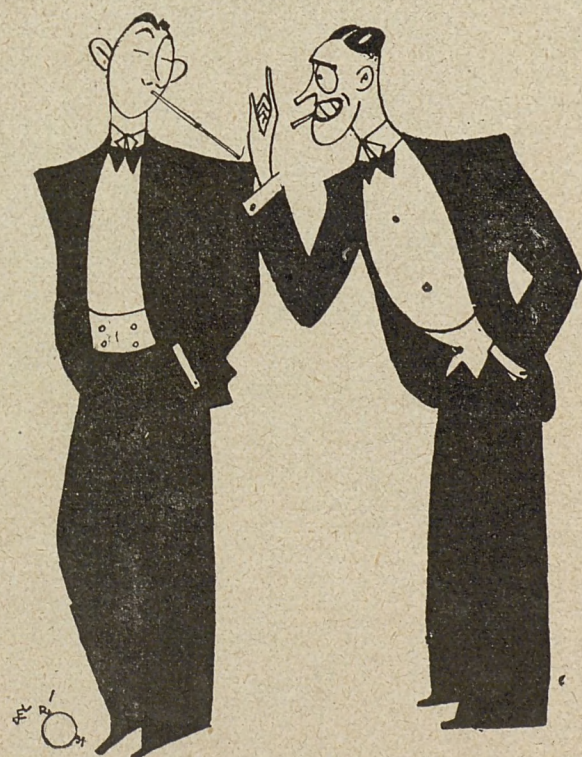
ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**
BADALONA





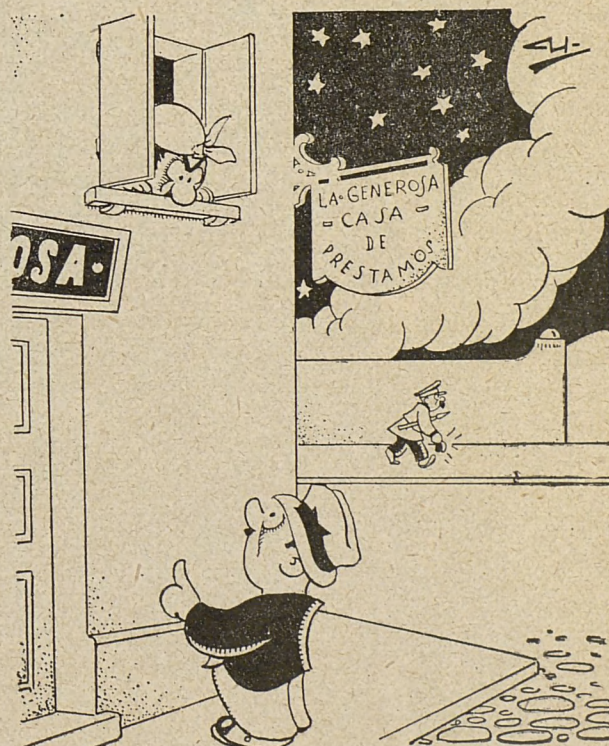
—Deme usted una cajita de bombones para un bautizo.
—¿De crema, almendra, licor...?
—No, no; con paracaidas. Es para un bautizo del aire.

Dib. GASTON MAS. París.



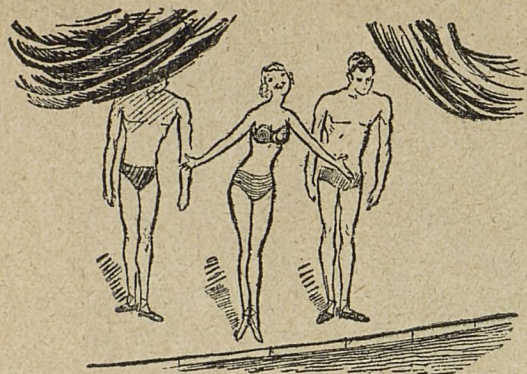
—La expresión «un vacío doloroso» de su novela no me gusta. Una cosa vacía no puede ser dolorosa.
—¿Es que a usted no le ha dolido nunca la cabeza?

Dib. DEL RÍO. Barcelona.

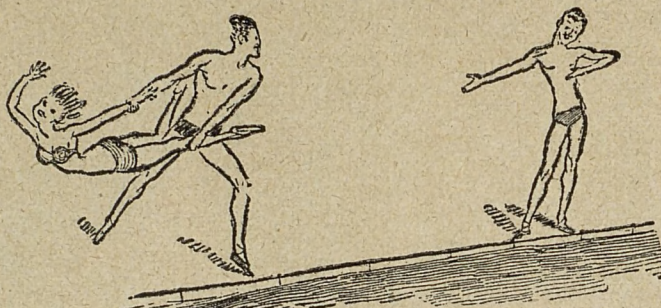


—Estas no son horas de hacer operaciones.
—No, si yo vengo a dar cuerda al reloj que he empeñado esta mañana.

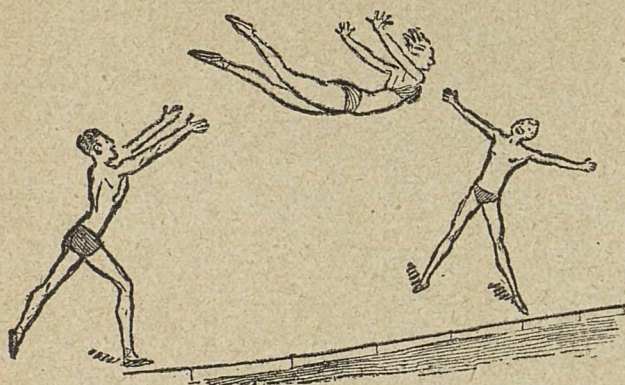
Dib. URDA. Barcelona.



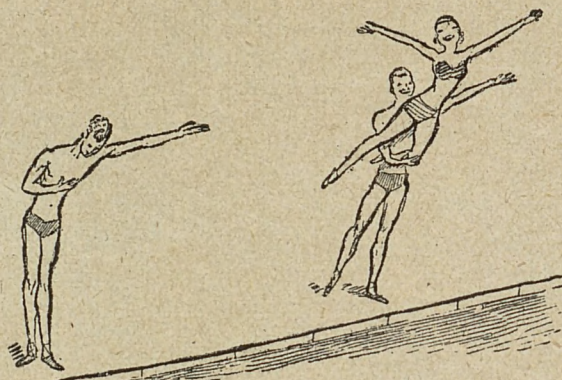
Pepita y sus compañeros...



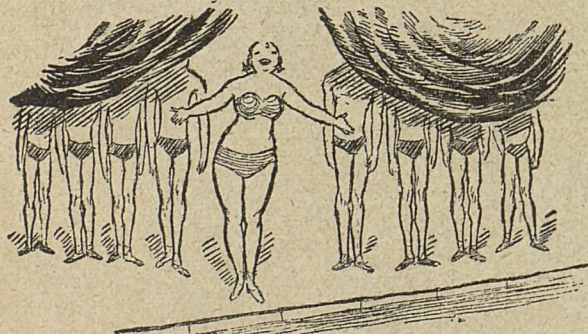
... los bailarines acrobáticos...



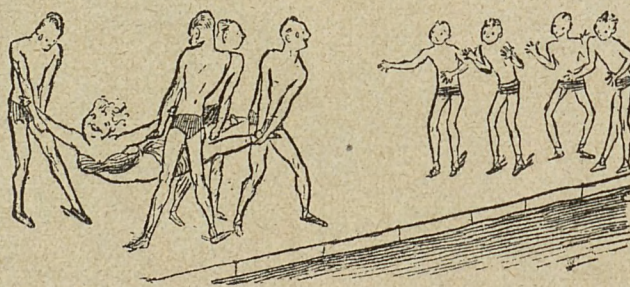
... obtenían muy señalados...



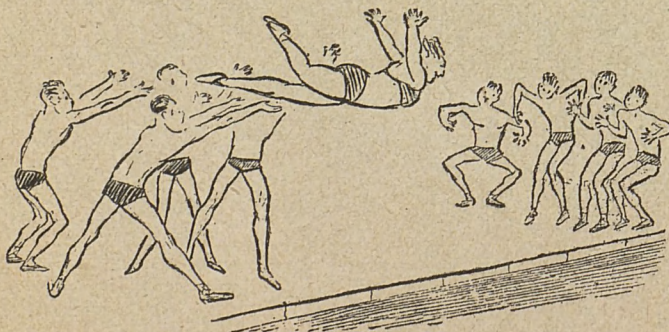
... éxitos...



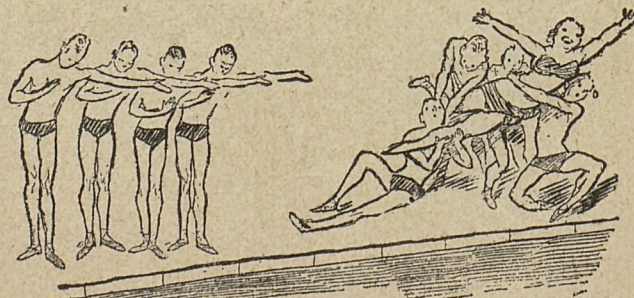
... pero en el transcurso del tiempo, por lo que engordó...



... se vieron obligados...



... a aumentar...

... su troupe para no interrumpir el número.
(De London Opinion)

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

B. S. O. (Sevilla).—Con tanto dolor de nuestro corazón, le tenemos que llamar a usted pollino.

Perdónenos, porque bien sabe usted que la culpa no es nuestra.

V. C. M. (Oviedo).

El dibujo es muy marrano; y el cuento, bastante anciano. ¡Así es que perdone, hermano!

L. G. R. (Madrid).—Si su artículo no fuese tan desafortunadamente largo, y tuviera un final unas miñajas más divertido que el que tiene, se hubiese publicado. Sirva de esto de norma por si se le ocurre insistir, ya que en usted se vislumbran excelentes condiciones literarias que tenemos la obligación de elogiar conmovidamente.

LA LEONESA

Restaurant. — Tel. 11742
Tetuán, 36

Uno de los restaurantes más populares de Madrid por su selecto servicio y precios moderados.

D. T. H. (Miraflores de la Sierra).—Su narración «El paraguas» es para decirle a usted sencillamente que vaya usted a mandar llover. Y en vista de eso, le decimos: Escríbanos usted en llegando, para nuestra tranquilidad.

Nauj Zepol (Sogrub).—¡Orrub!... ¡Atoidi!... ¡Licébmil!... ¡Odipútse!... ¡Oreda-jam!...
¿Está claro esto, querido amigo don Juan?

A. F. L. (Soria).—Un coquito ingenua esa aventura de Facundo y Encarnación. Si tuviese algo más de gracia...

H. M. C. (Madrid).—Queda

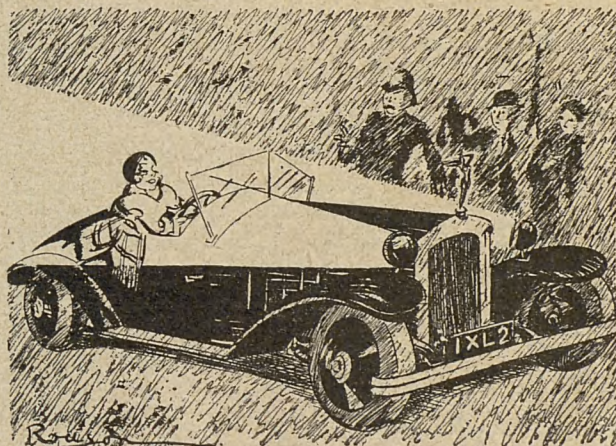
terminantemente rechazado. Su lectura fatigaría al público más que un «chárleston» bailado a la fuerza en pleno Ecuador.

Conchita Arenas (Guadalajara).

Amiga Conchita Arenas: sus dibujos no son buenos... Le aconsejo que haga menos, y podrá hacer cosas buenas... ¡O malas!... Pero, en fin, no hará tantas como esta vez, y podremos admirarlas con un poquito más de calma y circunspección.

B. R. M. (Talavera de la Reina).—Tiene usted el feo vicio de una porción de espontáneos, que es imitar lo que aquí estamos haciendo desde tiempo inmemorial, con lo cual no vemos la espontaneidad por ninguna parte.

E. D. S. (Jaén).—¡Uede usted enviar su firma para proceder a la publicación de su jocoso original, que ha sido aceptado en un momento de buen talante y de desesperada benevolencia.



La estrella de revistas ha hecho una pequeña modificación en los faros de su coche.

(De *The Passing Show*.)

T. B. Q. (Valencia).—Eso es una bestialidad digna de treinta años de pesebre, y de tres horas y media de garrote vil para final.

L. H. R. (Málaga).—Tiene usted menos gracia que un pato viudo que, como usted debe saber, son los que no tienen buena pata...

F. N. C. (La Coruña).
Su cuentecillo ha caído en el cesto empedernido

E. L. B. (Madrid).
No se puede admitir eso, porque tiene mucho peso.

Juan Medina (Cádiz).
Son más malos que la quina los versos de Juan Medina.

Boluda (Barcelona).

Padece usted, buen Boluda de narranitis aguda. Y aquí las cochinerías, ni gozan de simpatías, ni consiguen nuestra ayuda.

C. F. S. (Madrid).—No está mal... Pero da la funesta casualidad de que tampoco está bien... ¡Vamos, que está entre Pinto y Valdemoro..., y nada que se encuentre en ese trayecto nos resulta conveniente para nuestro preponderante semanario...

CASA RAMOS

Peluquería de señoras

La casa predilecta del público elegante

HUERTAS, 7 - MADRID
Sucursal en VALLADOLID, calle del Duque de la Victoria. Sucursal en MADRID, Plaza del Rey, núm. 5.—Teléf. 10839

León (Valladolid).—Por encontrarse bastante mal de salud, han salido con destino a «Cestona» los seis dibujos que nos ha enviado usted incautamente.

S. P. J. (Santa Cruz de Tenerife).—De lo de usted más vale no hablar, porque íbamos a discutir mucho más acaloradamente de lo que conviene al régimen de vida que nos ha ordenado el ilustre facultativo que nos visita.

C. de V. (Bilbao).—Mucho lo hemos deplorado, pero no han tenido más remedio que perecer a nuestras manos, un poco airadas, los obras de arte pictórico que, no esperando tan triste fin, nos había usted remitido cariñosamente.

H. D. M. (Cáceres).—¡Es usted más tonto que abrir una horchatería en el Polo Norte!

LA NUEVA MERCANTIL

Alhajas. Maletas. Mantones de Manila.
Compra-venta.

PLAZA MATUTE, 6 DUPLICADO

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

En un barco.

—¿Por qué está usted triste y preocupado, capitán?

—Porque se ha roto el timón y vamos sin gobierno.

—¡Caramba, cómo nos envidiarán ciertos pueblos!

Angel Fernández (Torrelavega).

Entre dos laceros.

—Mira que es desgracia; he tirado el lazo a un perro y se me ha escapado.

—Pues yo, sin tirar el lazo, ¡he cogido una perra!

Suiresoj (Madrid).

Gran establecimiento de compra y venta de alhajas, ropas y efectos.

Manuel Enrique Lozano

Bravo Murillo, 4.—MADRID
Sucursal: Bravo Murillo, 89

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—¡Hombre! ¿Tienes reloj?

—Sí.

—¿Y cuánto te ha costado?

—No he podido preguntar el precio, porque cuando lo tomé no había nadie en la relojería.

VOCAL. Castellón.

Había un profesor que blasonaba de saber mucho. Cierta día se encontró con un amigo al que le gustaba mucho discutir, recayendo la conversación sobre inventos e inventores.

—Vamos a ver—le dijo el amigo—: a ti que tanto sabes

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 ptas. una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pesetas.

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

te apuesto 100 pesetas a que no sabes responderme a las preguntas que te haga sobre ese particular, pero con la condición de que si dejas de contestar una, pierdes.

—Aceptado—exclamó el profesor.

¿Su alojamiento en Madrid?
No debe preocuparle.

La moralidad y seriedad de esta casa es proverbial; la directa vigilancia del propietario; la mesa, excelente; el trato, afable, y el hallarse confortablemente instalada en un edificio con dos únicos pisos.

Todo contribuirá a hacerle agradable su estancia en la Corte.

HOTEL IMPERIAL

Montera, 22.—MADRID



La enfermera ha exagerado en la cura.

Ilustrierte Zeitung. Berlín.

CANA



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

—Empiezo. ¿Quién inventó la imprenta?

—Gutenberg — contestó el profesor.

—Muy bien. ¿Quién inventó el fonógrafo?

—Edison.

Ya llevaba buen rato el uno preguntando y el otro respondiendo perfectamente, mas vien-

CASA BOTIN

Plaza Herradores, 7

Sucursal: Dehesa Villa «Villa Asunción»

Camino Valdeconejos, 15
Restaurant espléndido y sitio más agradable de Madrid.—Teléfono 3076.8

do el amigo que iba a perder las 100 pesetas, preguntó de pronto:

—¿Y quién inventó la tela?

CUPON

Correspondiente al núm. 4.5 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

El profesor se quedó asombrado.

—Has perdido—dijo el amigo—. «La tela» la hizo Muñoz Seca.

José Aragón (Zaragoza).

PEDRO LOPEZ SUCESOR DE JUANITO

Compra y vende alhajas, abanicos, miniaturas, bronces, esmaltes, marfiles, pañuelos de Manila, damascos y encajes.

Pez, 15.—MADRID

La señora dice a la nueva cocinera:

—Estará usted muy bien en esta casa. Mi esposo es pintor y hace cuadros y yo canto y soy profesora de piano. Todos artistas.

—¡Oh, el arte!—dice la cocinera emocionada—. Son ustedes unos señores ideales para mí. Yo hago versos...

Justino (Alcoy).

BARCELONA HOTEL PENSION

BEAUSEJOUR
Paseo de Gracia 23
Casi frente Estación
Apeadero de Gracia
Teléfono 20745-46

FRASCATI
Cortes. 647
Teléfono 11642

Lujosas habitaciones
Grandes salones de
reunión con toda clase
de servicios Pen-
sión desde Ptas. 17'50
Cubierto, 5 Ptas.

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros. Trato esmerado. Baños, ascensor, Pen-
sión desde Ptas. 12'50.
Cubiertos Ptas. 3'50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

La esposa.—El huésped que acaba de marcharse no es honrado. Tengo contadas las toallas de su habitación y falta una.

El marido.—¿Era de gran valor?

La esposa.—La mejor que teníamos, porque estaba bordada con las iniciales del vecino del principal.

Pedro Grullo.
Stratford-on-Avon (Inglaterra).

La agudeza de Calixto.

Tres hijas casaderas tenía don Bruno; hallábanse solteras sin novio alguno. Don Bruno, que era listo, pensó en dotarlas,

y al saberlo Calixto fué a visitarlas.

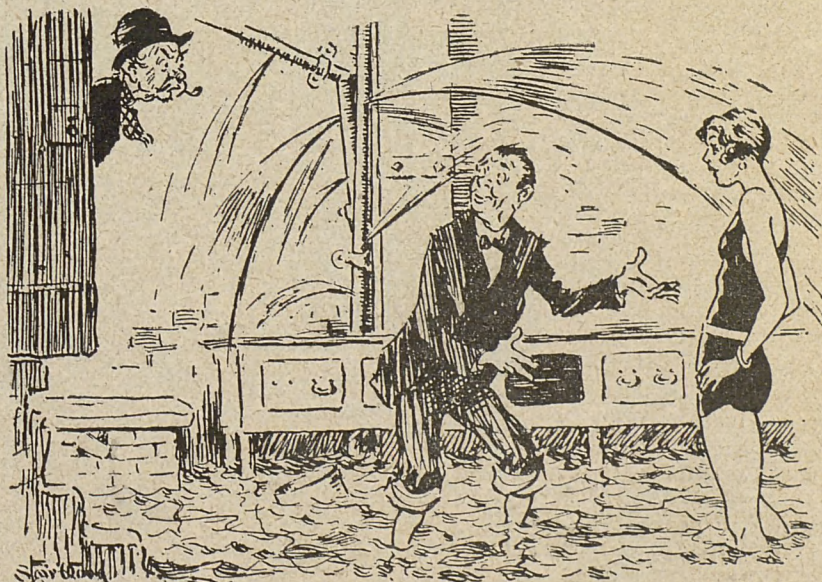
—A la mayor, que es Rita, doy tres mil duros; dos mil daré a Pepita tras mil apuros. Y a la pequeña Rosa, mil «machacantes»; como es joven y hermosa casará antes. Calixto, retador, dijo a don Bruno: —¿No tiene otra mayor? ¡Valiente tuno!

León Cembrano (Madrid).

—¿Cuáles son los fabricantes más embusteros?

—Los de las gaseosas, porque en cada botella meten una bola.

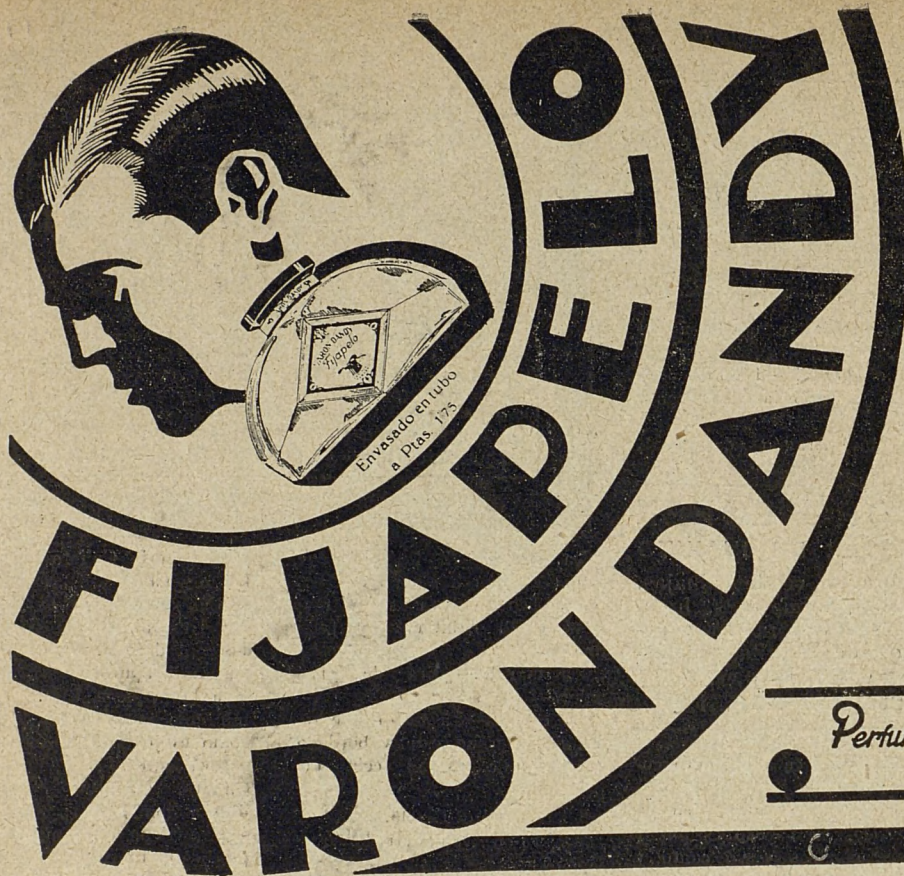
Kiki (Málaga).



El fontanero.—Lo siento mucho haber llegado tarde...

El inquilino.—No importa. Mientras le hemos estado esperando me he entretenido en enseñar a nadar a mi mujer.

(De Candide.)



*Una vez
para siempre*

decidase a usar el

*Fijapelo
"Varón Dandy"*

y se convencerá de que su aspecto de hombre moderno ganará, no en apariencia, sino en realidad. Si ha usado alguna vez productos que se dicen similares, podrá también comprobar la diferencia que existe en CALIDAD, en PERFUME, y apreciará su principal característica: es el único que

FIJA BIEN EL CABELLO SIN ENCRASALO

Perfumería Parera
Badalona

A. Manca

Bar
»LA ESTACION«
Fuencarral, 159
Exquisita cerveza.
Agradable temperatura.
Esmerado servicio.

DAMIAN RODRIGUEZ TORRES
Hortaleza, 28, e Infantas 3.
Ferretería, batería de
cocina, cubiertos, jaulas,
thermos, cuchillos,
estufas, herramientas,
candados y cerraduras
de seguridad.

EL REY DEL ORO
en hojas.
El rey de las brochas.
ZOILO GONZALEZ
8, Corredera Alta, 8

FRANCISCO DIEZ PAUPERIÑA
Nuestro muy querido amigo señor Diez Pauperiña, presenta siempre en su establecimiento de la calle de la Magdalena, número 32, las últimas novedades en papelería, objetos de escritorio y artículos de piel.
Teléfono 16125



—¿Dónde echo estos escombros, señor vigilante?

(De Jude.)

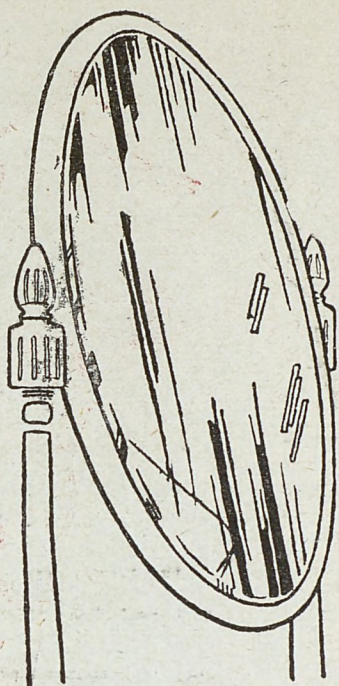
PABLO MESURO
1, Santa Isabel, 1

Los exquisitos jamones y ricos embutidos de esta casa le han dado fama en todo Madrid. Con verdadero gusto la recomendamos.

CIPRIANO MARDOMINGO
Almacén de Jamones.
Atocha, 75 y 77. — Teléf. 15505
Depósitos en
Pozuelo de Alarcón.
Exportación a provincias

V. LOPEZ
Droguería. - Tel. 11481
Espíritu Santo, 18
Inmejorables artículos.
Precios económicos.

JESUS
GRAN MERCERÍA
Bravo Murillo, 11
Especialidad en medias, camisas y géneros de punto.
Casa popular y prestigiosa.



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA. — HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES. — SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA. — BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR. — ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO - URQUIOLA - MAYOR. 1 - MADRID

BUEN HUMOR



—¡So orro, que me ahogooooo! ¡Echadme una cuerda!

—No se apure, buen hombre; ahí va.

Dib. AREUGER. Madrid.